

ARTÍCULOS PERIODÍSTICOS DONADOS POR ANGEL GON-  
ZÁLEZ ARAÚZO.

16 de enero del 2001.

Artículos dedicados a los del 98.

1. Modos de conllevar el trabajo.
2. El talento y la obra.
3. El literato en función social.
4. El poder hipnótico.
5. Móviles del trabajo.
6. La superación.
7. La discordia.
8. Las fluctuaciones (Ramón y Salama)
9. El juego político-literario.
10. Los alacres.
11. Los luzadores de temas.
12. Inventores y exhumadores.
13. Escritores para médicos (?)
  
14. El trabajo de pintor.
15. Los pintores de la España Negra (Va' con los del 98).
16. Soy y los acompañaba.

16  
3  
—  
48.

Hablando de los movimientos violentos, frienso:

Los hombres nos parecemos mucho todavía a los perros; y digo a los perros por ser animales a mano, compañeros domésticos.

Cuando alguien nos dice algo que nos lastima, respondemos con un mordisco. Es un movimiento mecánico, de reflejo automático. Por esto no se debe contestar con otro mordisco, sino con parar la mano y templan al agresivo.

## LOS TRABAJOS Y LOS JUEGOS

## MODOS DE CONLLEVAR EL TRABAJO

Por JOSÉ MORENO VILLA

Ahora vamos a descansar de los juegos aplicándonos al trabajo. Los alemanes suelen repetir esta frase: "Arbeiten macht das Leben siisz". (El trabajo dulcifica la vida). Por contra, uno de nuestros grandes humoristas, Julio Camba, dijo: "Hay años que no tiene uno ganas de trabajar".

En la frase alemana se acusa la disciplina fundamental de un pueblo; en la del español, el instinto infantil de la holgazanería, insociable e insaciable.

Las maneras de reaccionar ante el trabajo son variadísimas e interesantes. Hay hombres a quienes no se les nota que trabajan, siendo grandes trabajadores; otros, que aparentan trabajar y no hacen nada más que ajetrearse. Unos llevan con docoro y dignidad su obligación, otros están quejándose siempre de la carga. Se ve que unos nacen con mayor resistencia moral y física que otros.

Mis experiencias entre investigadores, literatos y pintores son largas. Trataré de algunas. Entre los investigadores he visto repetidamente hombres animosos e infatigables, que a todas horas estaban sobre la marcha sin decadencia en el ánimo, como detectives apasionados. Así eran Menéndez Pidal, Gómez-Moreno, Américo Castro, Guillermo de Torre, Pio del Rio-Hortega, entre otros. En general, los de gran vocación por algo, son así. En cambio, los de vocación pegadiza, simiesca, de querer ser como fueron otros habiendo nacido para menos o para otra cosa, estarán siempre pesarosos y fastiando a todo el mundo. Y esto se aplica a los investigadores como a los literatos de invención o creación.

Una cosa mezquina y fea se nota entre los investigadores y es la ocultación avara del dato y las peleas que esto origina. La índole de sus trabajos les conduce a sobreapreciar la minucia. Minucia que —nadie duda— les costó fatigas, estudios y viajes; minucias que, a veces, hacen cambiar el aspecto de una cuestión grave. Esto no lo reconoce el público, y es injusticia. El público no ve en ellos sino lo que tienen de urracas, de ocultadores de cosas; sin pensar que ese vicio lo exige la índole de su trabajo.

Con los filósofos, la cuestión varía, porque no andan investigando sobre objetos tangibles, sino con vaporizaciones, por así decirlo. Por muy sólido que sea un concepto, nunca lo será tanto como una sierpe, y esta se nos escurre de las manos. Los conceptos se escapan, se deforman, cambian y hasta se esfuman; pero hay en ellos otra cosa peor y es, que atormentan y acaban imprimiendo carácter a quien los maneja. Así le ocurría a Unamuno. Aun para contar algo gracioso

estaba en trágico, en atormentado.

Y vuelvo a lo de antes: no siempre la conducta o porte de un hombre responde al fondo de su carácter hay un influjo tan grande del trabajo que puede convertirnos en lo que no eramos. Por algo dice la gente: "Oye, se te va poniendo cara de fraile, o de intelectual!" Al que más o al que menos se le acusa en la cara el trabajo a que se dedica. Y, como dice San Ginés: el que tiene cara de burro, lo es.

Unamuno parecía siempre contrariado, y yo creo que se debía a que era un contradictor, un hombre que se impuso el trabajo de contradecir porque vio que el prójimo hablaba generalmente vulgaridades, es decir, cosas no pensadas por él, sino de acarreo. Y el trabajo de contradictor le indujo a contradecirse a sí mismo. Gran caso.

Grande, pero desconcertante y desesperante para los admiradores. Acaba uno por no fiarse de hombres así. Les vemos el juego, que en Unamuno fue muchas veces juego de palabras, sofistiquerías ingeniosas, plausibles en un bufón, censurables en quien quiso y pudo alzarse con la dirección espiritual de un pueblo.

Hoy no puedo ver a Unamuno como a mis veinte años. Entonces apasionaba a la juventud por lo que tenía de revulsivo e inconforme, de voz bíblica y fondo poético, no forma.

En la última frase suya que se difundió por lo valiosa y valiente, dirigida a Franco, se retrata de cuerpo entero: "Vencerás, pero no convencerás". Aquí tenemos al profeta real y verdadero, pero también al polemista o retador, y al jugador de vocablos. La frase es, además, un resumen biográfico, una condensada autobiografía, porque, él mismo venció a la muerte pasando a la inmortalidad literaria; pero sin convencer a casi nadie. Y no convenció porque un contradictor fundamental no tiene, en resumen, cosa segura que ofrecer. No niego que nos ofreciera su alma —lo cual es importantísimo—, no niego tampoco lo moral de su rebeldía —que también es prenda valiosa—, lo que niego es, su directoría, su capacidad de magisterio, por eso de la eterna contradicción. Fue una llama. Y la hemos amado mucho; otro día diremos por qué, aunque ya se adivina en lo dicho ahora.

De los filósofos, voy a pasar a los literatos. Y me acude rápida y reposadamente el que se llamó "pequeño filósofo" a sí mismo, "Azorín". Este fecundísimo escritor, este verdadero obrero de la pluma, parecía que no hacía nada, que era un eterno paseante en Corte. Se le veía caminar con lentitud, llevando un bastón discreto y mirando como miran los ciegos, con la cara levantada y sin fijeza en lo concreto. Maravilla en quien tanto detalle supo captar de la realidad concreta española. Se le veía caminando, o sentado en los sitios más raros, por ejemplo, en los subterráneos del metro; como un hombre aburrido, sin quehacer.

El secreto de hombres así está en que son enormemente metódicos y perseverantes. Mañanas para escribir, tardes para leer y días para caminar, hablar un poco y ver lo que se presenta.

Jamás le vi una cartera en la mano, ni tomar un apunte en público. Si al principio de su carrera literaria fantocheó bastante con el paraguas rojo y el chaleco a cuadros, o como fuese, en plan de literato bohemio que llama al público y se mofa de él, luego, ya firme su firma, fue un modelo de dignidad en cuanto al porte o presentación en público.

## GOYA LES ACOMPAÑABA

Por JOSE MORENO VILLA

Regoyos, el paisajista vasco, había escrito sobre la España Negra; pero su pintura no abordó lo trágico español; por eso no le mencioné antes. Su actitud desdeñosa fue acusada en ese escrito y en su modo de pintar, que se diría de una pureza franciscana si no enlazara con lo francés de su época. De todos modos, no se puede pensar en los pintores intelectuales y rebeldes a la ñoñería sin acordarse de él. Se le recuerda como despegado, esquivo, en una especie de presencia remota.

En cambio, Goya, muerto desde un siglo atrás, se hizo presente con un poderío mayor aun que en tiempos de Fernando VII. Y puede afirmarse rotundamente que acompaña en sus trabajos a las tres personalidades más eminentes del nuevo grupo: Zuloaga, Ricardo Baroja y J. G. Solana.

Cuando Zuloaga pinta toreros y plazas de aldeas, tiene a D. Francisco de Goya sentado en un rincón del estudio. Su mirada penetrante, entoldada por el entrecejo, cae sobre el lienzo a través de la mirada intelectual de Zuloaga, fundida con la de éste, convertida en intención, en crítica. Por eso los rasgos adquieren sentido caricaturesco, inflexiones de rabia.

Cuando Ricardo Baroja se inclina sobre la plancha de cobre para grabar esos paisajes de suburbio a punto de romper el alba, donde los elementos dramáticos son en total una valla, un farol y un hilo de agua sucia convertida en espejo delgado por la luz dudosa, D. Francisco atiende encorbado y los cuatro ojos van acudiendo a todos los requisitos del agua-fuerte.

Cuando José Gutiérrez Solana pinta sus fachosas mascaradas, sus verdi-negras procesiones y celajes medrosos, sus grupos de obispos, marinos viejos y señoras rancias, acartonados o momificados, en salas o ámbitos estrechos, sin aire vivo ni luz tierna, como encerrados en un fanal, D. Francisco, paladeando una copa de Cazalla, le asiste como le asistía el Espíritu Santo al pintor de Fiésole interpretando la Anunciación.

A principios del siglo XX, Goya andaba por el Ateneo, los estudios y las tertulias de cafés; estaba en las cabezas y las bocas de los intelectuales; se le enfocaba desde las revistas. Se le admiraba especialmente por haber descubierto la faz negra de la nación y haberla sabido expresar plásticamente con energía y abundancia, en lienzos, en grabados y en dibujos.

Lo curioso es ver hoy, a distancia, cómo operó Goya en estos pintores intelectuales. Porque es evidente que el "goyismo" de Zuloaga no se parece al de Solana. Yo diría que al primero se le queda en la cabeza; que es un goyismo de idea, más que de ejecución. Porque Zuloaga no renuncia nunca en sus figuras a un empaque, arrogancia y proporciones estatuarios. En cambio, el goyismo de Solana es de ejecución. A Solana no le importa que las figuras sean desgarradas, chaparras o monstruosas; no busca la prestancia ni le importa; más bien le estorba. Vé la gente como muñecos de palo y como seres momificados que fueron en procesión, se vistieron de máscara o se sentaron a tomar café hace un siglo.

Solana no entiende en realidad el sentido crítico de lo goyesco ni de los primeros intelectuales. Le ocurre un fenómeno interesantísimo: llega a enamorarse de la España Negra. A vivir en la suciedad y el embrollo. Si volvió al Madrid de Franco, no fue por simpatía hacia éste, sino porque no podía vivir sin la cochambre, sin lo monstruoso y misterioso, sin la ignorancia negra. Se estuvo nutriendo de lo feo y disparatado de la vida durante tantos años que le fue imposible vivir en otro país, donde, si había también aspectos desagradables, no eran los suyos. los familiares.

Solana escribió libros que emparejan con sus cuadros en los temas, no en la calidad. La calidad de sus pinturas es muy superior a la de sus páginas literarias. Abro al azar el titulado "Madrid callejero", y leo:

"Entre estos traperos hay tipos admirables, de hombres ahorrativos y avaros; ellas, con su cara grasienta como rifeñas, con el pañuelo atado por la frente y caído en pico sobre la espalda, y la toquilla mugrienta atada muy baja, al vientre, que es lo que quieren tener más abrigado mientras lavan y dan de comer a los críos, parecen figuras de madera de un nacimiento antiguo". He subrayado lo último porque asevera lo que dije en líneas anteriores. Y en la página siguiente escribe:

"...detrás marcha una monja preceptora, y a su lado un tonto, ya muy crecido, con algo de bigote y chato; anda zambo y lleva los brazos torcidos y arqueados como los mancos., haciendo muchas contorsiones con la cabeza y babeando".

Se nota que quien escribe es pintor; un pintor que observa meticulosamente. Si pudiese copiar otros párrafos, se vería que se recrea en los detalles más sucios. Y no por "surrealismo", sino por verdadera obsesión enfermiza.

En resumen: Solana vive con fruición la España Negra. Esto es lo anómalo y contradictorio; puesto que se deriva de los intelectuales que nacieron al mundo literario y pictórico para censurar el estado de negrura en que se vivía.

Tal vez haya que buscar la explicación de este caso anómalo en el influjo de Gómez de la Serna. Trataré de explicarlo.